

---

## “Tiene tantas raíces el árbol de la rabia”: claves para pensar las formas de entramar las luchas<sup>1</sup>

---

*Emilia Millón*

ISES-UNT/CONICET  
millon.emilia@gmail.com

*Victoria Pasero*

IdIHCS-UNLP/CONICET  
victoriapasero@gmail.com

### Introducción

En su último libro publicado en español, la socióloga y activista feminista lesbiana Jules Falquet sistematiza años de discusión y experiencias feministas. En primer lugar, pone en el centro una propuesta conceptual, la imbricación, presente de distintas maneras en una corriente de la cual ella es parte y que ha permanecido en los márgenes: el feminismo materialista francés o francófono (FMF).

Esta corriente surge en los años '70 de la confluencia de sus participantes en el movimiento de liberación de las mujeres en Francia y de una constante reflexión, discusión y producción teórica. Algunas de sus referentes son Collette Guillaumin, Paola Tabet, Nicole Claude-Mathieu, Christine Delphy, Monique Wittig y Daniele Kergoat.

Los aportes de esta corriente no han sido suficientemente conocidos en nuestras latitudes ni se han posicionado globalmente como el de otras teorías feministas<sup>2</sup>. El FMF fue pionero en romper con miradas esencialistas y biologicistas, y analizar en simultáneo las relaciones sociales de sexo, de clase y de raza, que nombran de distintas maneras (coexistencia, consustancialidad, entre otras) y que Falquet retoma como imbricación.

En segundo lugar, el subtítulo nos sugiere otro camino de indagaciones: “Más allá de la interseccionalidad”. Ahora bien, ¿qué significa esto? El tér-

1- El enunciado entrecorillado corresponde al inicio del poema de Audre Lorde, “Quién dijo que era fácil”, de la compilación de la editorial Zindo & Gafuri (2019) que recupera poemas de la autora escritos en la década de 1980.

2- Para conocer más de esta corriente, sus aportes y recepción en el Sur, sugerimos leer a Bolla (2021).

mino de interseccionalidad funcionó como un abanico de posibilidades que excede al de su contexto de producción, en el ámbito jurídico feminista que lo piensa y utiliza la abogada afronorteamericana Kimberlé Crenshaw en 1989. El uso de una categoría jurídica útil fue transformado en un “como si” para quitar culpas, principalmente por parte de corrientes institucionalistas y organismos internacionales, preocupados en la elaboración de políticas salvacionistas que, con nombrarse “interseccionales”, sortearían las incomodidades que implica pensar cómo transformar las condiciones estructurales.

No se trata tanto de los conceptos en sí -de hecho no vamos a encontrar definiciones pomposas ni acabadas- como del potencial político que habilitan para comprender las relaciones sociales estructurales, las desigualdades que producen y las formas de combatirlos. Esta preocupación teórica no se aborda en pos de una recuperación discursiva ni individual, sino para nutrir una perspectiva colectiva emancipatoria. La autora observa las complejidades y contradicciones de luchas situadas en la búsqueda de experiencias históricas, memorias políticas y aprendizajes presentes en distintos movimientos sociales del sur, feministas, indígenas, decoloniales, negros, lésbicos, de izquierdas.

La despolitización de la terminología feminista y la proveniente de los movimientos sociales en general no resulta novedosa. Por ello, Falquet retoma preguntas sustanciales sobre el proyecto político de los feminismos en perspectiva anticlasista, antiimperial y antirracista. El horizonte que guía las indagaciones conceptuales es la construcción conjunta de una estrategia política y alianzas que promuevan otras sociedades posibles. La discusión que abre es teórico-conceptual, pero también política-organizativa, trayendo estudios de campo a lo largo de tres décadas ('70, '80 y '90) sobre diversos movimientos sociales y políticos latinoamericanos, caribeños y de EEUU.

Su propia vida y obra requiere una lectura de los proyectos políticos y teóricos por los que confluye. Lo subjetivo y lo objetivo se ponen en juego en cada párrafo, puesto que urge “reunir todo lo que somos, en un mismo lugar” para la transformación y libertad común. Lo biográfico no es parte de una anécdota: explica y acompaña los proyectos de escritura, reflexión y acción política.

Posicionarse desde su experiencia compartida en el Abya Yala no le hace caer en la romantización de las prácticas culturales subalternas que reproducen violencias. El acercamiento de Falquet, aunque mediado en ocasiones por sus propios intereses académicos, lejos está de constituir un extractivismo académico. Se vincula con sus posicionamientos políticos con la lucha antineoliberal, antirracista, lésbico-feminista: desde la interrupción del tradicional tráfico norte-sur, al traducir obras fundamentales del sur; acercar corrientes feministas no hegemónicas; la apuesta de publicar sus propios

textos en editoriales autogestivas latinoamericanas, como Madreselva, Brecha Lésbica; hasta su participación como jueza de conciencia en el Tribunal Permanente de los Pueblos en Chiapas, en 2012; en el movimiento feminista lésbico autónomo; en la denuncia de la mundialización neoliberal.

### La imbricación a través de los movimientos sociales

La imbricación<sup>3</sup> tiene como propuesta traer al centro del análisis la dinámica compleja, histórica, anclada en la materialidad y en las prácticas y luchas de las relaciones sociales estructurales de sexo, raza y clase, consideradas al mismo nivel sin jerarquías ni victimización.

Para el análisis desagrega las relaciones sociales en tres niveles: en un primer nivel se ubican las personas, la subjetividad individual y la identidad; en el segundo, las relaciones sociales vistas desde un punto de vista más macro y abstracto; el tercero implica pensar dichas relaciones sociales en las dinámicas de la articulación y el movimiento histórico. Propone “revisitar la historia lineal del capitalismo, visibilizando la acción de varias contradicciones imbricadas, en vez de tomar como único motor de la historia, la sola contradicción de clase («social»)” (Falquet, 2022).

El libro se organiza en seis capítulos donde se desarrollan distintos casos a través del prisma de la imbricación. El primero analiza la experiencia de mujeres dentro del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), durante la guerrilla en El Salvador, entre 1970 y 1994. El FMLN centraba sus intereses políticos en la clase, sobre todo proletaria-campesina, lo cual, aunque convocó mujeres, limitó sus demandas y mantuvo cierta división sexual del trabajo. Las mujeres de este partido lograron reflexionar y reivindicar posturas de sus intereses, sobre todo cuando culmina la lucha armada, despojadas de todo privilegio adquirido en el partido y castigadas con estereotipos (como “malas madres”), inician procesos de autonomización organizacional y se acercan al movimiento feminista continental.

El segundo trae la experiencia de las mujeres en el movimiento zapatista en Chiapas, México. Se basa en dos investigaciones, una que analiza la relación de las mujeres indígenas en las instituciones escolares (1989-1990) y otra que sigue en curso (1994-actualidad) sobre la participación de las mujeres en el movimiento indígena del Ejército Zapatista de Liberación Nacional

---

3- El término empieza a tomar cuerpo cuando Jules traduce la declaración de Combahee River Collective de 1979, donde nombran interlocking systems, y que es traducido por Falquet como “sistemas imbricados”.

(EZLN). En este caso, la raza acompaña a la clase. A diferencia del FMLN, las mujeres logran reivindicaciones en cuanto a sus intereses dentro del movimiento, que se expresan de manera contradictoria en la Ley Revolucionaria de las Mujeres Zapatistas.

El tercero retoma un trabajo realizado en 2005 al contextualizar una traducción de la Declaración Feminista Negra del *Combahee River Collective* (CRC), pequeño colectivo conformado por mujeres negras, lesbianas en su mayoría, principalmente de clase popular urbana en Estados Unidos. Fueron pioneras en visibilizar la existencia de cuatro sistemas de opresión simultáneos: el racismo, el patriarcado, el capitalismo y la heterosexualidad. Este debate se dio en un contexto histórico y cultural específico favorable, por la caída en la intensidad de la violencia que el gobierno norteamericano ejercía contra el movimiento negro, y la conquista de ciertos derechos, como el acceso a la educación universitaria. Por otro lado, destaca las estrategias de alianza que utilizaron al militar en espacios lesbofeministas, negros y chicanos, con autonomía, pero sin aislarse del resto de las luchas sociales, aunque con limitaciones.

El cuarto aborda los movimientos de mujeres afrodescendientes, de clases populares urbanas de Brasil y República Dominicana, entre los '80 y '90. La definición que utilizan sobre el mestizaje y la raza se centra en una concepción relacionada con el contenido cultural de la identidad negra en sus territorios, y no tanto “con la sangre”, como sus pares norteamericanas. Además, incorporan la mirada decolonial desde el sur global ante el contexto neoliberal en el que se movilizan.

El quinto analiza el movimiento feminista latinoamericano y del Caribe, y sus encuentros continentales desde 1981 hasta cerrar el siglo XX. Describe su composición: exrevolucionarias, con diversidad de clase y poca presencia de mujeres afros e indígenas. Analiza las estrategias de construcción, cómo reconocen y afrontan las diferencias de clase-raza y las oposiciones políticas en su seno. Con una distinción explícita entre el movimiento feminista y el movimiento de mujeres, construyen la idea del feminismo de los sectores populares. Sin embargo, son cooptadas por la corriente del desarrollo neoliberal a través de la cooperación internacional.

El último capítulo aborda la otra cara de este proceso: los veinte años de historia de la corriente autodenominada feminismo autónomo, constituida a partir de 1993. Minoritaria, actualmente fragmentada e invisibilizada, propone una mirada crítica de los procesos y de la visión del desarrollo de los organismos internacionales. El movimiento autónomo evoluciona progresivamente hacia un análisis de la imbricación de las lógicas heteropatriarcales, racistas y clasistas del neoliberalismo, traducándose en luchas concretas y

análisis decoloniales. A nivel epistemológico, resaltan la reflexión colectiva transnacional, como militantes ocupan posiciones minoritarias tanto en las relaciones de sexo, clase y sobre todo de raza-nacionalidad-migrante. Estas feministas lograron proponer análisis, estrategias y acciones innovadoras y esperanzadoras.

### **Límites, posibilidades e imaginación colectiva**

El término de imbricación, muy rico en su análisis, definición y propuestas epistemológicas, no se aleja de algunos estudios de feministas latinoamericanas y el uso que hacen del término de interseccionalidad, que no encontramos referenciadas, como los debates e investigaciones que realiza la antropóloga afrocolombiana Mara Viveros Vigoya (2016), y sería interesante profundizar en las interconexiones de ambos términos y sus formas de operacionalizar en términos políticos más que técnicos.

Por otro lado, en el último capítulo nos llama la atención que al recuperar la historia de las feministas autónomas, menciona solamente a Julieta Paredes y deja de lado a otras que hicieron fundamentales aportes teóricos y políticos, como María Galindo (cofundadora de Mujeres Creando), Victoria Aldunate y Adriana Guzmán (figura clave además, en el giro posterior al feminismo comunitario). Traer sus nombres permite recuperar diálogos necesarios sobre las formas de construcción de referencialidad y rupturas dentro del movimiento feminista.

No obstante, su perspectiva nos habilita interesantes debates, como el que surge entre políticas identitarias versus políticas redistributivas, implícito detrás de la formulación en términos de imbricación o interseccionalidad. La imbricación no se focaliza sobre unos cuerpos "que ocuparían posiciones particulares en ciertos lugares "interseccionados" de las distintas formaciones sociales" (Falquet, 2022, p. 269), sino que apunta a analizarlos desde una perspectiva estructural y relacional. En este sentido también la autora recalca la diferencia entre las concepciones de identidad en los movimientos afrodescendientes y negros, donde se presenta como una herramienta política que no queda en una mera denuncia de discriminación que exige reparaciones, sino que se alza en contra de todos los sistemas de opresión.

En este mismo marco realiza una crítica a los trabajos de Nancy Fraser, al demostrar que algunos movimientos sociales van más allá de la movilización de identidades, y evidenciar las contradicciones que surgen en las prácticas opresivas cotidianas, que llevan a construir posiciones políticas atravesadas por los antagonismos de las identidades (de clase y de raza, o de sexo y de clase).

Como limitaciones, si bien encontramos pistas en las experiencias, no hay propuestas, por fuera del análisis teórico, de cómo mancomunar los esfuerzos políticos para plasmarlos en prácticas que no queden solo en el plano de declaraciones de atributos “anti” sin correlato fáctico.

Las ventajas epistémicas, desde la visión de quienes “no tienen nada que perder”, son un elemento con mucho potencial, ya que permite elaborar propuestas que piensan en todas las opresiones. A su vez, la dinámica histórica es clave para analizar cómo el consenso colectivo no siempre es posible. Los sujetos organizados, en forma colectiva o no, cuentan con diversos privilegios de acuerdo con la posición que ocupen en las relaciones de poder, lo cual podría redundar en miradas políticas parciales que no logran consenso (FMLN, movimiento feminista ONGnizado).

Esto nos abre a otros interrogantes: ¿cómo construir consensos colectivos a la hora de constituir las alianzas? ¿Qué sucede cuando colocamos, en términos de privilegios, los que podrían considerarse derechos (vivienda, trabajo, etcétera)? ¿Cómo problematizar, a su vez, derechos conquistados que se basan en opresiones (sobre todo desde la perspectiva global de las diferencias norte-sur)?

Por último, el ejemplo del *Combahee* aporta a pensar las políticas punitivistas o de cancelación, que pueden conducir al aislamiento, por ello es mejor insistir en la búsqueda de alianzas antes que enemigos. Destacamos el esfuerzo de este libro en proponer un ejercicio de imaginación de estas alianzas posibles, sustentadas en distintas experiencias y genealogías feministas, de los movimientos sociales, afro e indígenas.

En el sur, el consenso neoliberal se afianza y arrasa con cuerpos, territorios, memorias, sentires; y se traduce en un acuerdo político de las clases dominantes que se resume en endeudamiento; extractivismo como única alternativa para “salvar” las economías; y el necesario disciplinamiento, persecución y estigmatización de las movilizaciones populares. Ampliar el reservorio de acción política, en un contexto en el que la precariedad de la vida ataca con saña a los cuerpos racializados no blancos, al sur, a las mujeres y las disidencias sexuales, hace parte del propósito más profundo de su escritura.

---

### Referencias bibliográficas

Bolla, L. (2021). *Feminismo materialista. Claves para repensar la opresión de las mujeres*. Grupo Editor Universitario.

Falquet, J. (2022). *Imbricación. Más allá de la interseccionalidad. Mujeres, raza y clase en los movimientos sociales*. Madreselva.

Viveros Vigoya, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate feminista*, (52), 1-17.